

www.elboomeran.com



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

LOS FELICES DÍAS DEL VERANO

UNA INFANCIA SICILIANA
FULCO DI VERDURA

TRADUCCIÓN DE TXARO SANTORO



errata naturae

*A Maria Felice, que compartió conmigo
aquellas alegrías y aquellas penas*

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *The Happy Summer Days.*
A Sicilian Childhood

© Fulco di Verdura, 1976
© de la traducción, Txaro Santoro, 2019
© Errata naturae editores, 2019
c/ Alameda 16, bajo A
28014 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-99-8
DEPÓSITO LEGAL: M-11953-2019
CÓDIGO BIC: FA
IMAGEN DE CUBIERTA: © Slim Aarons / Getty Images
MAQUETACIÓN: Sara Pintado
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

«... con muchos cuentos raros y tal vez incluso con el sueño de un País de las Maravillas de hace mucho tiempo; y cómo sentiría ella todas sus sencillas penas y gozaría con todas sus sencillas alegrías, recordando su propia infancia y los felices días del verano».

Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PREÁMBULO

He de advertir al lector que puedo haber cometido algún error en este libro. Al carecer de notas o diarios que consultar y habiendo fallecido la mayor parte de los personajes, me he basado tan sólo en mi memoria y en la ayuda de mi hermana. Esto es lo que recuerdo.

Gracias a Dios la casa sigue allí. Es la misma vieja y querida villa de siempre, cubierta de buganvillas, repleta de balcones y terrazas que sobresalen, abrasada por el sol y cansada, pero orgullosa en medio de su jardín inglés semitropical. Ese mismo jardín que, hace mucho tiempo, resultaba enorme y misterioso a los ojos castaños de un niño pequeño, robusto y de piernas regordetas, y que ahora, a los ojos de este hombre mayor que tanto han viajado, le parece menguado en sus dimensiones y despojado de sus misterios.

Pero la casa (y para mí continuará siendo lo que siempre fue: «La Casa», la única casa que realmente he amado, con ese amor que no conoce reservas y que sólo puede albergar un niño) no ha perdido nada de su encanto, de su fascinación y de su extraño poder sobre mí. Quizá se deba a que la recuerdo con la mirada transparente de la infancia. Más tarde, rara vez he regresado a verla y nunca he vuelto a vivir en ella.

En todo caso, ahí está ella (en mi forma de pensar, profundamente italiana, una casa es femenina: *la casa, la villa*, al igual que un jardín es masculino: *il giardino*), tan sólida como siempre, flanqueada por dos terrazas cuadradas que sobresalen como dos manos extendidas en un gesto acogedor. Desde esas terrazas, resplandeciendo entre la calima veraniega, se pueden ver a lo lejos los pináculos y las cúpulas de Palermo, rodeados por esas descarnadas montañas rojizas que parecen defender, cual una gigantesca muralla, la antigua ciudad real, antaño capital del Reino de las Dos Sicilias y primera sede de la corona. El amplio valle que la rodea por tres de sus lados —el cuarto, orientado al norte, da al mar— se conoce como la Conca d’Oro, la concha de oro, pues está cubierto en su mayor parte por naranjales. La villa se encuentra a unos once o doce kilómetros al oeste de Palermo, en una región llamada I Colli que se halla más o menos a la mitad del camino que lleva a la bahía de Mondello, adonde solíamos ir a bañarnos. Ni siquiera por aquel entonces podía decirse que estuviese en mitad del campo, pues quedaba cerca de los suburbios de Partanna, Resuttana y San Lorenzo, pero teníamos la gran fortuna de que se encontrase junto al maravilloso parque real de La Favorita. Una puerta, a la derecha de la villa, conducía directamente a su interior y podíamos acceder al parque y a sus jardines de diseño geométrico incluso cuando estaba cerrado al público, privilegio que nos parecía por completo normal.

Más allá del parque, a menos de dos kilómetros de distancia, se alzaban los imponentes acantilados del Monte

Pellegrino, cuyo color rosa asalmonado se recortaba contra un cielo de un azul tan increíble que había días en que parecía que podías hacerle un agujero. Ese monte singular, o más bien «el promontorio más bello del mundo», como lo denominó Goethe, con sus cuevas, su historia, su prehistoria y su recuerdo de Santa Rosalía, influyó en nuestras vidas con su omnipresencia y proyectó sobre nosotros su hechizo de leyendas y misterios. Su nombre habrá de surgir con frecuencia en las páginas siguientes.

Pero, antes de entrar en la casa, volvamos al jardín y tomemos la izquierda, por un camino flanqueado por árboles de la pimienta, hacia otra puerta, gemela de la primera. Atravesándola, se llegaba a un espacio vacío, parecido a un prado comunal, pero sin el menor atisbo de verde. Nuestro jardín tenía la forma aproximada de un triángulo escaleno. El lado más corto quedaba por detrás de la villa y el más largo era el que se alejaba hacia el este. Los tres lados tenían su puerta y su casa de los guardas; la orientada al norte era la más cercana a la villa y daba acceso al parque que he mencionado; la que daba al sur, al fondo del camino bordeado por los árboles de la pimienta, miraba hacia I Colli y el pueblo de San Lorenzo, y la tercera, la más alejada de la casa, se abría a la carretera exterior a La Favorita y llevaba a la piazza Leoni, o plaza de los Leones, y a Palermo. Era un jardín romántico, decimonónico, proyectado con escasa coherencia, cuyo encanto radicaba en su gran variedad de árboles semitropicales: araucarias, ficus de diferentes clases, altísimas palmeras y palmeras rechonchas, magnolias grandifloras e hibiscos. Había una

fuente de mármol llena de papiros, una gruta artificial y, como atracción suprema, un pequeño lago con una isleta de rocas en el medio: lo suficiente para volver loco a cualquier niño.

Al lado de la casa había un huerto cercado por un muro alto. Se entraba en él atravesando una puerta verde chirriante; entonces se hallaba uno en un jardín del Edén solitario y en perpetuo cambio lleno de frutales: naranjos, limoneros, mandarinos, cerezos, melocotoneros, albaricoques, membrillos, nísperos japoneses, esos cítricos típicos de Sicilia que se llaman *lumia* y una enorme variedad de vegetales. De modo que, con el cambio de las estaciones, salvo en lo más crudo del invierno, siempre había algo que uno podía devorar y que, después, te producía dolor de barriga. Los dolores más fuertes eran consecuencia del exceso de cerezas blancas e higos, esos deliciosos higos verdes que por dentro son azulados y que se comen con piel y todo, con su gotita de miel, cuando aún están calientes por el sol. También los tomates tienen un gusto diferente recién cogidos de la mata.

En medio de aquel «santuario de Pomona» había un árbol extraño, que parecía muy viejo, con el tronco duro y retorcido y las ramas nudosas. Sin embargo, daba frutos. Eran grandes, redondos, con aspecto de limones, y se tenían por no comestibles. Las flores, blancas y cerosas, parecían gigantescas *zagara* (término siciliano para la flor del naranjo). Los jardineros los llamaban *pampaleone*, nombre que les añadía cierto encanto tropical. Como seguro que ya habrán adivinado, no pude resistir la tentación de

probar el fruto prohibido. Tenía un extraño gusto amargo que me produjo dentera; me dio asco y lo tiré. Como siempre, recibí una reprimenda y me dijeron que ya se me había informado de que podía ser venenoso y que Pipitone, el jefe de los jardineros, sabía de qué estaba hablando cuando me había advertido que no lo tocara. Bueno, pues muchos años después recordé aquel incidente olvidado al comprender que el fruto ácido y peligroso que me había atrevido a probar era simplemente un inofensivo pomelo. Nadie en aquella época, por lo menos en Italia, había oído hablar del *pompelmo*, pues tal es su nombre en italiano. Aún no había cruzado el Atlántico ni había invadido las mesas de desayuno de Europa, cortado por la mitad y con una guinda encima, ni tampoco se había convertido en un socorrido primer plato (sin la guinda, supongo), cuando a uno no se le ocurre otra cosa.

Y ahora vayamos a la casa misma, puesto que los primeros recuerdos que tengo de mi familia, de mis amigos y de mí están indisolublemente ligados al lugar en el que se produjeron: la imponente presencia de la casa lo eclipsaba todo. Aún hoy puedo evocar la sensación, el olor, el ambiente fresco y oscuro del laberinto de habitaciones en un día caluroso; la impresión de altos techos, paredes con frescos y espacios infinitos.

La enorme estructura de la casa, de comienzos del siglo XVIII, no era excepcional. En los alrededores de Palermo había villas mucho más espectaculares, pero ésta poseía un encanto cálido y entrañable que raramente he encontrado en otras casas. Los frescos, más bien mediocres,

siguen hoy tal como estaban entonces, pero en mi época los muebles, salvo algunas piezas determinadas, carecían de más pretensión que la de ser sólidos y confortables. Podíamos saltar por los sofás y los pufs cuanto quisiéramos, siempre y cuando no hubiera adultos a la vista, cosa que resultaba realmente fácil, puesto que era una casa bastante grande.

Uno de mis más antiguos recuerdos es el de estar esperando que la abuela y mamá volviesen de su visita diaria a Palermo. A las siete de la tarde cerraban las grandes puertas de La Favorita y, como la abuela y mamá nunca volían antes de las ocho, tenían que utilizar la tercera puerta, la del fondo del jardín. Aún puedo oír el ruido del landó que las traía a casa. Primero se escuchaba un retumbar distante que iba aproximándose; luego, en un *crescendo* inquietante, el traqueteo sobre la gravilla del camino, que sonaba como una ametralladora; y, por fin, el estruendo final cuando carruaje y cochero se detenían bajo la *porte cochère*, o porche cubierto, para depositar a las dos damas con sus paquetes.

Desde cualquier punto de la casa en el que estuviéramos, mi hermana y yo nos lanzábamos hacia el recibidor gritando a voz en cuello «Hoyoho-hó», al mejor estilo de las valquirias, seguidos a cierta distancia por una institutriz que desaprobaba nuestra conducta pero que era incapaz de dominarnos y por unos cuantos perros que no dejaban de ladrar, para acabar en los brazos de las dos personas que más amábamos en nuestra vida justo en el momento en que aparecían en el recibidor.